LA AGARRADA A PATADAS O EL DESPERTAR DE LOS MONSTRUOS O MAS SOBRE DADOS Y RATITAS O LA RESPUESTA DEL INVOLUNTARIO PERO VEHEMENTE RESPONSABLE: PRECISIONES NECESARIAS A JUAN CARLOS CURUTCHET, A FELIX GRANDE Y AL PUGILISTA DEL ESCARABAJO DE ORO

París, mayo de 1973

Infectos amigos:

César Bruto aconsejó en un dístico inmortal: Si a París vas en octubre / no dejes de ver el Louvre. *Por mi parte estoy penosamente obligado a decir:* Si a París volvés en mayo / ahí nomás te parte un rayo. *Rayo trífido, contra el cual no hay Benjamín Franklin que te proteja. De entrada Curutchet con un libro entero, de tapa a contratapa, sobre mi hobra. Segundo fúlmine: el gaucho Félix Grande con un elogio del susodicho exegeta. Ya groggy, el malvado noqueador Abelardo Castillo me remata con un cross de su coleóptero (número de agosto-septiembre de 1972) en el que publica un texto mío (del que se hablará* infra) *que por si fuera poco merece una cita integral por parte del guitarrero Grande en el elogio citado* supra, *lo que prueba entre otras cosas que dios los cría y ellos me planchan. Pero no multipliquemos los enemas, como dijo el sabio alemán después de su cuarta clase de español. Y ya dentro del dominio alemán, muramos como Goethe al grito de luz, más luz, por lo menos doscientos vatios; ya se verá que tengo fundados motivos para proferir este teutónico alalá del Walhalla.*

Si este texto se publica, lectores estupefactos se preguntarán por qué mezclo elementos más bien dispares. Porque soy sumamente astuto, señor, y como no tengo tiempo ni ganas de escribir tres cartas (sin hablar de su respectivo franqueo), procedo a un sincretismo que se justifica entre otras cosas porque los tres monstruos citados me caen con todo al mismo tiempo, lo que me da el derecho de juntarles la cabeza cual a hidra mefítica y sacármelos de encima con arreglo a las más claras enseñanzas del Hidaho Kamakura (El karate al alcance del pueblo, *lección 3, golpe* inji). *Aunque Kamakura, autor del siglo pasado, no aconseja empezar con Curutchet, yo lo barajo de entrada porque este pesado es el verdadero desencadenador del fato y los otros dos vienen a ser como segundos que en vez de permanecer fuera del ring según manda el marqués*

de Queensberry, se cuelan entre las sogas y tratan de darle una mano y si es posible varias y bien cerradas, enanos malditos. De manera que sin esperar la campana (los expertos habrán notado que del karate me pasé al box, cosa que entra en mis costumbres porque a menos de estar mal informado ni Firpo ni Monzón tienen nada de japoneses, y uno está con lo suyo al fin y al cabo aunque haya gente que opine lo contrario, pero esa es otra historia).

Entonces pasa que Juan Carlos Curutchet, cronopio argentino, ha escrito un libro majestuosamente titulado Julio Cortázar o la crítica de la razón pragmática *(Editora Nacional, Madrid, 1972. Esto debería figurar en nota al pie *, pero cada día me gustan menos los textos en los que a cada minuto hay que bajarse para leer alguna cosa, como una especie de* cunnilinguae *de la literatura, deleite que está muy bien e incluso extraordinariamente bien como preludio, pero cuya reiteración arroja serias dudas sobre, etcétera). Por supuesto no voy a convertirme en crítico de una crítica sobre mí mismo, máxime cuando Félix Grande se ha encargado ya de decir lo necesario; bástele saber a Curutchet que su libro me ha enseñado una cantidad de cosas, como nos ocurre a todos los escritores de buena voluntad cuando nos enfocan el microscopio en las zonas vitales o, como a él le gusta repetir citando una cita mía de Víctor Hugo, en el punto vélico donde convergen las fuerzas de los barcos ebrios. («Ahí se largó», murmura Calac. No, pibe, era solamente una pequeña demostración culterana para tenerlos a distancia).*

O sea que este Narciso se aleja de la fuente tentadora, sabiendo que Curutchet no necesita mirras ni perfumes de Arabia Saudita sobre su cabeza, y que en cambio agradecerá (I hope) que el sujeto de la acción le haga algunas rectificaciones útiles. Fíjense todos de paso cómo Narciso se las rebusca para hablar de él so pretexto de corregirle la plana a Curutchet (Polanco dixit). *Está bien, está bien, ya eran tres encima del cuadrado y encima suben los dos tártaros, jamás Kamakura previó una contingencia parecida, aquí haría falta una lanza de napalm o el famoso Grito de la Muerte descubierto por Hirosha Matsumoko y sólo escuchado por él en su primer ensayo fatal, puesto que el pobre ignoraba que el lugar elegido para la prueba tenía eco y que el grito le iba a salir por la culata, cosas del Japón medieval.*

Dejando de lado tanto kakemono, le voy a señalar a Curutchet algunas discrepancias de detalle, que según informes de Félix Grande harán su felicidad en la medida en que podrá escribir otro libro rectificando el anterior (es pura calumnia del gaucho Félix que también

* Si usted sigue leyendo, verá por qué no figura.

será debidamente rectificado más adelante, ya van a ver lo que es meterse conmigo en patota). Por razones de pura fiaca, voy hojeando el libro y ahí donde encuentro el pelo en la leche lo saco con pinza y lo agito espasmódicamente. Así, en la p. 17, no es exacto que todos los cuentos de Final del juego *sean anteriores a* Las armas secretas. *Si la edición argentina de 1964 recoge los de la pequeña edición mexicana de 1956, agrega muchos otros relatos escritos después de* Las armas *(por ejemplo,* El río, El ídolo de las Cícladas, No se culpe a nadie, Una flor amarilla, Sobremesa, Después del almuerzo). *En la p. 28 se afirma que* Las ménades *contiene una «ambigua referencia al vampirismo». La verdad es que se trata de canibalismo puro, mano: las mujeres se comen a los músicos, no hay tu tía. ¿Vos sabés que Buñuel pensó filmar un corto con ese cuento y que por desgracia se le cruzó el censor de turno? «Odio la música porque soy sordo», me dijo en París, «y esa será mi venganza». Lástima.*

P. 30: Se repite el error con respecto a la cronología de Final del juego. *Posteriormente hay otras referencias análogas que no recojo, pero señalándote que ese error falsea tu perspectiva, sobre todo al final de la p. 48, donde insistís en una secuencia inexacta.*

P. 39: Bueno, es el viejo problema coleridgiano de la «suspensión de la incredulidad» en la literatura fantástica. Vos no has querido suspenderla al punto de imaginar que, en Cartas de mamá, *el hermano muerto pueda llegar a vengarse por sí mismo, desde una dimensión innominable. Yo sí. Nunca creí que Luis se* convirtiera *en Nico, como subrayás. Pienso que siguió siendo Luis hasta el final, y que Nico llegó de alguna manera a París, puesto que también Laura lo vio, como lo prueba el diálogo final.*

P. 43: Lo mismo, en más grave. No es cierto que en Las armas secretas, *Pierre vuelva a París y viva «un desenlace imaginario» en el que viola a Michèle. Para mí (para el cuento, debería decir mejor) el alemán muerto termina por posesionarse totalmente de Pierre, y cuando éste vuelve a la casa de campo y entra en la habitación de Michèle, ha dejado de ser Pierre y el alemán puede cumplir su venganza; ya no se trata de violar a Michèle sino de estrangularla, cosa claramente dicha en el último pasaje.*

P. 109: Para los vampirólogos puede ser importante rectificar que en 62/Modelo para armar, *la* Basilisken Haus *de Viena no perteneció a la condesa Bathory, y no está en la Blutgasse. Es cierto que Juan asocia el basilisco que figura en el blasón de esa vieja casa con los restantes elementos que lo obsesionan, pero eso ocurre en el curso de un paseo nocturno por Viena y forma parte de las muchas «coagulaciones» que tan admirablemente muestra tu análisis.*

Aquí un paréntesis para saltar al texto que me enviaste sobre Todos los fuegos el fuego, *y que según Félix Grande formaría parte de la infinita serie de complementos y rectificaciones que te atribuye ese vihuelista maligno. La macana es que el error aquí denunciable no es tuyo sino de David Lagmanovich (éramos pocos y ahora hay otro que salta al cuadro, ustedes van a acabar conmigo). Curioso que un argentino como Lagmanovich no haya advertido que la tapa y la contratapa del libro no reproducen* la misma galería *como él imagina, sino las dos que sirven de* pasaje *al narrador: Pasaje Güemes en Buenos Aires, Galería Vivienne en París. Lo hice exprofeso, porque en el relato ambas tienen importancia capital, y gráficamente el lector que sostiene el libro en la mano está tendiendo una vez más un puente de vida entre las dos, repitiendo la clave del cuento sin saberlo precisamente. Qué lástima, che, que le arruinen a uno estos efectos tan delicados, vos decime un poco.*

Comunico al público y al clero que he llegado al final de mis menudencias rectificables, pero no de lo que verdaderamente cuenta para mí. Repito que no voy a hacer el elogio de las investigaciones de Curutchet, pero tengo el derecho y el gustazo de decirle que en varias oportunidades me hizo saltar hasta el techo con sus descubrimientos. Es sabida la ceguera del autor con respecto a su propia obra, sobre todo cuando maneja materias que vienen de inciertos territorios de sí mismo y de lo que lo rodea. Por ejemplo esta simple frase: «Todos los personajes de Bestiario *tienen algo en común: ninguno de ellos habita en su propia casa» (p. 84). Tampoco yo, en aquella época; me hicieron falta más de veinte años para sentirla de veras como mía en un terreno que va más allá de lo literario. Más vertiginoso es lo que se revela en las p. 98-9, donde Curutchet detalla una complejísima articulación que de entrada lleva a pensar en la Cábala y en cualquiera de los avatares de la magia numérica. Aquí, para mi maravillado asombro, me veo rebasado por algo que puede ser cierto pero que no entraba en mis intenciones conscientes. Claro que no es la primera vez que ocurre; hace unos meses alguien me envió desde los Estados Unidos una interpretación de raíz junguiana (con las previsibles concomitancias alquímicas) de* Omnibus, *un para mí inocente cuento de* Bestiario, *con respecto al cual existían ya explicaciones de tipo incluso político. Frente a enfoques de esta naturaleza no puedo sino inclinarme; en el fondo, ¿qué sé yo de mí mismo a la hora de obedecer a algo que me arrasa, que es mi íncubo, que bruscamente me obliga a escribir un cuento? Hay un tipo de crítica que tiende a rechazar este acatamiento mágico del acto creador, y*

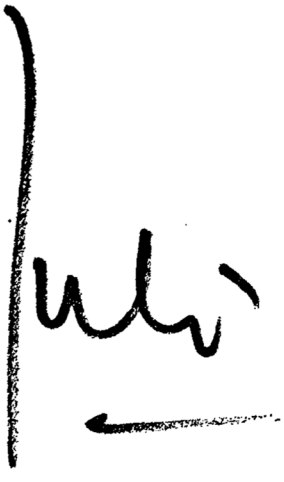
sospecho que en algunos ficheros debo estar clasificado como fumista, como alguien que pretende borrar las huellas de una simple mecánica literaria en busca de un aura decorativamente metafísica. Curutchet no sólo no piensa eso sino que va mucho más allá del conocimiento que puedo tener yo mismo de mi trabajo. En el fragmento de Rayuela *en cuestión, mi recuerdo es simple: Escribí un diálogo entre Ronald y Etienne que hablaban de la Maga, y lo numeré de 1 a 7, para retroceder luego hasta 1. Mi idea era simple y bastante primaria; digamos más bien simétrica, pues veía la cosa como un avance del diálogo frente a una especie de espejo acústico (situado en el punto 7) que reflejaría decrecientemente el diálogo hasta su extinción-inicio. Así, el 1 del comienzo y el 1 del final dicen de hecho la misma cosa, reflejo que se repite en 2 y 2, etcétera. Aunque aparentemente Ronald y Etienne continúan el diálogo, la numeración regresiva indica que están reiterando lo ya dicho antes de llegar a la intersección con el espejo verbal. Véase ahora la interpretación de Curutchet, donde entran en juego sumas de cifras, el número de letras que forman los nombres de Ronald y de Etienne, la suma de ambos nombres, el número de letras del título del libro, y lo que resulta de sumar las cifras del capítulo 34 en el que el 142 se continúa. Se diría que todos los* sefirots *del cabalista me rodeaban para dictarme ese fragmento; y no seré yo quien lo niegue después de leer a Curutchet, pero entonces whisky doble, acatamiento, algo como un horror sagrado. ¿Dónde empieza y termina nuestra libertad?* ¿Qué *escribimos?* ¿Quién *escribe?*

(Por si fuera poco, Curutchet hace notar en la p. 109 que la designación de un vino alsaciano —Sylvaner—, donde deliberadamente un tal Juan que anda por 62/Modelo para armar *había descubierto dos de las sílabas que forman la palabra Transilvania, patria de vampiros, contiene también, invertidas, la fonética de* basil-*isco, animalito emblemático siempre presente en las constelaciones analógicas del libro. Para* mí, *primera noticia.*

Y no se acaba ahí nomás, porque Curutchet tiene un diabólico acceso a claves que no me habían sido dadas diurnamente. En la p. 116 enlaza una serie de escenas cuyo nexo es una sábana que alguien sube para abrigar o cubrir a alguno de los personajes, sin hablar de que en la misma página la noción de estopa, *empleada por mí al filo de muy diversas escenas del libro, se aglutina inquietantemente; por si fuera poco, la p. 118 señala un gesto que acerca a una misma identidad a dos mujeres que jamás pensé en relacionar mientras escribía, y en la página siguiente la primera sílaba del nombre de Marrast induce inapelablemente a una explicación junguiana del*

episodio del naufragio en la laguna. Por todo eso, en pleno vértigo, no puede asombrarme demasiado que al estudiar Todos los fuegos el fuego, *Curutchet encuentre en la referencia (para mí inexplicable) de la menuda voz que dicta cifras por teléfono y que en mi texto asimilé a un mundo de hormigas minuciosas, algo así como una clave de los enlaces, de las galerías que hacen de las dos historias algo que cesa de ser paralelo. Sé que escribí el cuento sabiendo de alguna manera que esas dos historias eran la misma sin dejar de ser dos historias (principio poético de la lógica excluida), y de ahí el título del cuento; pero nada me decía entonces que alguien iba a encontrar otros puentes todavía más obvios para el impensable pasaje que iba desde la muerte de un remoto gladiador romano a la de una muchacha francesa del Barrio Latino, hormigas mediante. Sin hablar de la referencia final al sentido cabalístico y matemático del 8 como signo del infinito, que completa mi desconcierto y mi maravilla, dos reacciones en las que no está ausente el miedo.*

Digamos que se ha llegado al piadoso minuto de descanso, la esponja empapada en la cabeza y el frasco de sales que reaniman en el boxeador los reflejos necesarios para seguir. Todavía tengo ante mí a Félix Grande y a Abelardo Castillo, que han de mirarse sorprendidos porque nada les explica hasta ahora su coincidencia en este vistoso espectáculo. Me apresuraré a informarlos, aunque la lluvia de nombres que sigue tenderá más bien a que sus segundos arrojen la toalla sin esperar más. El gaucho Félix (El romance del dado y la ratita, *Cuadernos Hispanoamericanos, enero de 1973) escribe sobre el libro de Curutchet con un sentido del humor que yo, injusto de mí, creía casi inexistente en España y que me mueve a una humilde contricción, y en un momento dado se refiere a un texto mío que un supuesto primo también mío y llamado el Beto le habría pasado, texto que se apresura a reproducir en su totalidad. No tiene título, es brevísimo, excelente, y su protagonista es un dado. Como la casualidad hace bien las cosas, a mi llegada a París no sólo encontré esto sino un número de* El Escarabajo de Oro *(agosto-septiembre de 1972) en el que también figura dicho texto. Al presentarlo, Abelardo Castillo le pone un copete donde se dan las simplísimas explicaciones siguientes: a) El texto apareció en una revista de Rosario llamada* Lagrimal Trifulca; *b) La revista citada indica que lo recibieron por intermedio de Fassio, que para mí sólo puede ser Juan Esteban Fassio, autor de una célebre máquina para leer* Rayuela, *el cual lo habría cedido a Jaime Poniachnik, presumible director de la trifulca en cuestión; c) El tal Beto, mi primo según Félix, sería el puente entre*

una de las dos revistas y el inocente guitarrero madrileño que no perdió tiempo en incluirlo en su estudio.

Tiene algo de penoso que tantas precisiones y medios paréntesis sean propiamente al cuete, por la mera razón de que ese texto no es mío. Sí, viejos, han leído bien, qué le vachaché. Se trata de un pastiche muy inteligente y que celebro como fraternal homenaje a mi mundo de cronopios, pero no es del Julio. Se sabe que en su vejez le pidieron a Matisse que identificara un cuadrito sobre el cual había dudas, y que luego de mucho mirarlo les dijo a los expertos que era tan incapaz de reconocerlo como de negarlo. Yo también estoy viejo, pero si algo sé es que en un texto mío jamás ha figurado ni figurará la interjección «zácate», que me parece obscena y centroamericana. Heakí lo que pasa, don Abelardo, cuando se publican textos sin primero mandarle dos líneas al supuesto autor para que autorice al Escarabajo *a transportarlo sobre su kitinoso lomo. En cuanto a vos, Félix Grande, no tenés otra culpa que la de quererme tanto, cosa que por lo demás también sé de Abelardo, sin hablar del desencadenante de todas estas catástrofes bibliográficas, porque este jodido que nos ha metido a todos en el baile ya está camino de la ducha, lo han frotado con el linimento que perfuma los gimnasios, y nos espera en el café de la esquina para beber el vinito de la amistad, probablemente con nuevas y asombrosas explicaciones de mis cuentos y novelas; pero que no exagere (aquí seguro que ya somos tres contra él) porque la noche que empezó tan bien con milonga y esparcimiento va a terminar, como en las noticias de policía, con un contuso grave. No dirás que no te previnimos, Curutchet. Yo, incluso, con un gran abrazo en el que también caben Abelardo y Félix; cualquiera que entienda de boxeo sabe que tengo mucho* reach.